

REFERENCIAS JUDAICAS EN LA POESIA SATIRICA DE QUEVEDO

Una larga serie de estudios de historiadores y filólogos en torno a los judíos¹, ha demostrado la incidencia de éstos como tal grupo étnico en la vida española, así como su repercusión literaria². En síntesis, estas investigaciones coinciden en poner de relieve la trágica existencia del judío en medio de un ambiente hostil, que lo arrastra muchísimas veces al desenlace cruento. Correlativamente, es tratado en la literatura, por lo común, de un modo punzante y peyorativo; da ocasión a múltiples y mordaces sátiras, especialmente en el teatro de los siglos XVI y XVII, basadas en diversos aspectos pertenecientes o atribuidos a los de la raza, desde los rasgos físicos y temperamentales, las creencias, ritos y costumbres, hasta su lucha desesperada por la supervivencia en medio de un mundo que los margina.

En muchos de esos estudios se alude a la utilización del tema en la obra de Quevedo, pero no se ha llevado a cabo ningún trabajo sistemático. Este es el objeto de las páginas que siguen. Mi propósito es, así, sistematizar y catalogar esas referencias, tomando como base una pequeña pero importantísima parte de su producción literaria, la poesía satírica³. Veremos cómo nuestro poeta sólo pretende a veces jugar con el lenguaje, rebosante de ingenio barroco; sin embargo, en la mayoría de las ocasiones se comporta como muchí-

¹ «Conversos» a partir del decreto de 1492, también llamados marranos, cristianos nuevos, confesos, maculados, tornadizos o simplemente judíos.

² J. Caro Baroja, *Los judíos en la España moderna y contemporánea*. (Tres vols), Madrid. Arión, 1962. A. Domínguez Ortiz, *Los judeoconversos en España y América*. Madrid, Istmo, 1971, J. Amador de los Ríos, *Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal*. Madrid, Aguilar, 1973. P. Dominique, *La Inquisición*. Barcelona, Luis de Caralt, 1973. H. Kamen, *La Inquisición española*. Madrid. Alianza Editorial, 1973. A. Castro, *La realidad histórica de España*. 4.ª ed.; México. Edit. Porrúa, 1971. E. Glaser, «Referencias antisemiticas en la literatura peninsular de la edad de oro», *N.R.F.H.*, t. VIII, 1954, págs. 39-62. Una relación de estudios realizados en torno a Quevedo es ofrecida por J. O. Crosby, *Guía bibliográfica para un estudio crítico de Quevedo*. Valencia, Artes Gráficas Soler, 1977. Etc.

³ Para ello utilizo la edición de J. M. Blecua, *Obra poética*. Madrid, Castalia, 1971 (tres vols.). Desde ahora citaré, al pie de cada uno de los ejemplos de Quevedo, tomo y página exclusivamente.

simos otros de su época⁴ y lanza contra los conversos tópicos archiconocidos por sus coetáneos, odio cínico y una mirada de frialdad y complacencia ante las calamidades más atroces por las que se les obligaba a pasar; en estos casos, detrás del simple juego existe la actitud real y personal de una de las mentes más clasistas del siglo XVII. Comprobaremos todo esto a continuación, examinando los elementos relativos a los judíos que utiliza Quevedo, así como su distinta frecuencia. Encontraremos, evidentemente, abundantes interferencias entre unos apartados y otros.

1) REFERENCIAS AL LINAJE

Son las más abundantes, lo que se debe, sin duda, a la mentalidad enormemente tradicional de Quevedo, que siempre se sintió muy orgulloso de ser oriundo de la Montaña. Se adhiere a la idea generalizada de basar el supremo honor de un individuo en «descender de los godos»⁵, el linaje de la noble alcurnia, opuesto al hebreo. Por eso, si «limpios» eran aquellos por cuyas venas no corría sangre judía o mora, nuestro poeta calificará a los que no lo son con el antónimo, es decir, con la forma *sucio*; será su adjetivo preferido contra Góngora:

Racionero dicen que eres,
mas yo irracional te hallo,
aunque en la cola y lo sucio
canónigo eres del rastro.

Góngora te llaman todos,
ilustre apellido y claro,
mas viénete como al potro
el Manrique por su amo.

.....

Así yo poeticomienzo,
para ver cómo lo hago;
atreveréme después
a satirizar cristianos: (III, 235-6)

Nuestro poeta juega con la semejanza formal existente entre *Racionero* y *racional*, de significados distintos. En *la cola* y *lo sucio*

⁴ Vid. M. Herrero García, *Ideas de los españoles del S. XVII*. Madrid, Gredos, 1966, págs. 15-67 especialmente. M.^a Cruz García de Enterría, *Sociedad y poesía de cordel en el Barroco*. Madrid, Taurus, 1973, págs. 242-5 y 248-264.

⁵ Cfr. A. Castro, *ob. cit.*, pág. 149.

pueden verse varios sentidos: la vestidura de Racionero lleva cola; otro sentido alude inequívocamente al judaísmo, ya que mucha gente llegó a creer de buena fe que algunos judíos tenían rabo; por último, la degradación llega a la animalidad. Con *sucio* se refiere a sus versos, a su persona y a su origen. En cuanto al apellido Góngora, no importa que sea *ilustre* y *claro*, porque es sólo fruto de la usurpación realizada por un «no cristiano», por un judío, animalizado una vez más mediante la comparación con el *potro*. Más adelante volveremos a encontrar formaciones tan quevedescas como la contenida en la última estrofa, «poeticomenzar».

Muy cruda es la sátira que lanza contra Juan Pérez de Montalbán en el *Poema del Orlando enamorado*⁶:

A ti, postema de la humana vida,
afrenta de la infamia y de la afrenta,
peste de la verdad introducida,
conciencia desechada de una venta,
ánima condenada, entretenida
en dar a Satanás almas de renta,
judísimo malsín Escariote,
honra entre bofetones y garrote;

doctor a quien, por borla, dio cencerro
Boceguillas, y el grado de marrano;
tú, que cualquiera padre sacas perro,
tocándole a tu padre con tu mano;
casado (por comer) con un entierro,
con que pudiste ser vieja cristiano;
que, por faltarte en cristiandad anejo,
fuiste cristiano vieja, mas no viejo,

el alma renegada de tu agüelo
salga de los infiernos con un grillo,
con la descomulgada greña y pelo
que cubrió tan cornudo colodrillo;
y, pues que, por hereje contra el cielo,
fue en el brasero chicharrón cuclillo,
venga agora el cabrón, más afrentado
de ser tu agüelo que de ser quemado.

⁶ Una sátira muy similar a ésta es la que lanza contra Morovelli; cfr. J. O. Crosby, *En torno a la poesía de Quevedo*. Madrid, Castalia, 1967, páginas 43-55.

Derrama aquí con unas salvaderas,
 pues está en polvos, todo tu linaje;
 salgan progenitores vendesteras,
 y aquel rabí con fondo abencerraje;
 los bojes, los cerotes, las tijeras,
 de quien bufón descienes y bardaje,
 pues eres el *Plus-ultra* desvaríos,
 el *Non-plus-ultra* perros y judíos.

Atiende, que no es misa la que digo,
 y son todos enredos y invenciones,
 y vuelve a mi cantar, falso testigo,
 en tus dos ojos cuatro mil sayones;
 perro, con no decir verdad te obligo,
 recibe estas maldadas y traiciones
 con la benignidad que urdir las sueles
 al bueno, que a sesenta leguas güeles.

(III, 412-4)

Indudablemente Quevedo borbotea una inmensa ira contra Montalbán en estos versos hinchados de acusaciones e intimidaciones. El poeta reconcentra la expresión y el concepto, estruja el significado de las palabras para ofrecer la sátira más punzante e hiriente que, tal vez, podamos encontrar en el Siglo de Oro. Examinando esos insultos se observa que la acusación de judío descuella muy netamente entre las restantes: ya el hecho de dedicarle un poema que canta «locuras» y «necedades» y que se halla plagado de versos relativos a la sordidez, indica el puesto que el personaje ocupa en la estimación de Quevedo. Pero, además, el *Poema* no se inicia con la dedicatoria, que se halla incrustada después de cuatro estrofas, lo que sumerge a Montalbán en medio de toda esa adyección.

La sátira precisa, como aposición anormalmente extensa, el significado del nombre al que se refiere la invocación inicial *a ti*, Montalbán, cuya identidad queda así circunscrita a una dilatadísima sarta de vilezas. La denigración cómica se intensifica mediante el empleo de un molde métrico comúnmente utilizado para asuntos nobles, la octava real: la falsa apariencia que sólo esconde tras sí una realidad significativa ruin y grosera, el Montalbán desnudo, auténtico. Por eso, en su grado de *doctor*, que le ha conferido la «Universidad» expresada implícitamente, y del que es símbolo la *borla*, no hay otra objetividad que *el grado de marrano*, de converso y sucio animal, conferido por *Boceguillas*⁷, y del que es símbolo el *cencerro*; a través de éste, la animalidad del marrano se concreta ahora

⁷ Boceguillas es «imagen folklórica de la confusión y la bobería»: J. O. Crosby, *En torno...*, pág. 47.

en la de la «res», con la consiguiente connotación tópica de «cornudo». Con dicha profesión se conectan directamente las nociones de la primera estrofa *postema* y *peste*, que, en oposición a *doctor*, definen a Montalbán; es, así, un desecho entre lo humano y un elemento corrosivo de *la verdad introducida*, que no es sino la religión católica. En los versos 5.º y 6.º el poeta presenta a su enemigo no sólo como falso doctor que, en vez de curar, mata a sus pacientes, sino también como un condenado, ayudante de Satanás, que lanza la batería de sus maldades de incrédulo contra las creencias católicas, para conseguir la condenación de las almas. En el verso *judísimo malsín Escarñote*, la acusación de judío denunciante de sus propios correligionarios (*malsín*) se intensifica con los dos adjetivos cercanos, cuya intención hiriente se reconcentra mediante una sufixación de superlativo anómala, en el primero⁸, y la transformación hipostática en el segundo, que remite a Judas. Quevedo rezuma un odio exacerbado en cada palabra. En los versos segundo y tercero de la estrofa 2.ª, el término *perro* es una referencia obvia a la ascendencia judía de Montalbán, ya que se trata de un insulto muy común en la época contra los de la raza⁹; más adelante hallaremos otros ejemplos. La acción de «tocar» y, como consecuencia, «sacar» mágicamente algo nuevo conlleva la acusación inminente de «brujo»¹⁰, una de las más peligrosas de la época, porque se les castigaba, como a los judaizantes y homosexuales, con la hoguera. El verso siguiente vuelve a aludir a la profesión médica de Montalbán, con la que se proporciona el sustento. El poeta, con la desmesurada hipérbole *entierro*, convierte los resultados profesionales de Montalbán en un solo conjunto absoluto y negativo, y expresa al mismo tiempo que «casó con una mujer muy vieja para poder disponer de su patrimonio»¹¹. A continuación, Quevedo juega con las palabras para negar a su enemigo la calidad de cristiano viejo (*por faltarte en cristiandad anejo*). En el balanceo del quiasmo entre *vieja cristiano* y *cristiano vieja*, y en la mezcla de géneros que destruye la concordancia legal, aunando el masculino y el femenino en los dos sintagmas indicados, el poeta acusa de forma solapada la homosexualidad de Montalbán, que más adelante expresará directa y abiertamente. El *agüelo* de la tercera estrofa es un modo común de referirse al conjunto de los antepasados, que son «renegados» por-

⁸ La sustantivación en grado superlativo es una tendencia de Quevedo, según indica C. Sabor de Cortázar, «Lo cómico y lo grotesco en el *Poema de Orlando* de Quevedo», *Filología*, XII (1966-7), pág. 106.

⁹ Vid. J. Amador de los Ríos, *ob. cit.*, pág. 751.

¹⁰ «Tocar con mano una cosa, conocerla por experiencia directa.», anota M.ª E. Malfatti en su ed. del *Poema heroico de las necedades y locuras de Orlando el Enamorado*, Barcelona, 1964, pág. 120.

¹¹ Anota M.ª E. Malfatti, *ob. cit.*, pág. 120.

que renunciaron de la ley de Cristo; y, por esto mismo, condenados en los *infiernos*, como también lo está, según vimos más arriba, el propio Montalbán. *Descomulgada* implica dos sentidos: es un linaje de malvados y de excomulgados de la religión; califica a *greña*, que define, por metonimia, a un linaje sucio, judío. La invectiva *cornudo* del verso siguiente se repite poco después. Hay una enorme concentración de imágenes en *fue en el brasero chicharrón cuclillo*, es decir, fue quemado por la Inquisición; la concentración se enriquece por dos alusiones que señala Blecua¹²: los chicharrones son de cerdo —obvia referencia al judaísmo—, y el *cuclillo* representa al cornudo.

En la estrofa 4.^a, Quevedo retorna a recordarle su linaje de quemados (*está en polvos*) como verdad incontestable que demuestran los documentos; por eso lo exhorta a enjugar la letra escrita con los polvos de sus ascendientes, a los cuales se refiere aquélla (*Derrama aquí con unas alvaderas, / ... todo tu linaje*). Esos antepasados han sido vendedores de esteras —según se deriva de la formación quevedesca *vendesteras*— y zapateros (*los bojes, los cerotes, las tijeras*), oficios típicos de judíos y moros. De ahí la amalgama *rabí con fondo abencerraje*, con la que añade, además, otro oficio de la índole de los anteriores, con su significado de «hijo del que fabrica sillas de montar». En el verso siguiente, *bardaje*, es decir, sodomita paciente, confirma la insinuación que veíamos en la segunda estrofa. La disposición formal de *el Non-plus-ultra perros y judíos* —expresión que afirma exageradamente la imposibilidad de hallar otro linaje más judío y moro que el de Montalbán—, sugiere la posibilidad de una datación con nombre y apellidos, constituido el primero por *Non-plus-ultra*; por la rama paterna el personaje ha heredado tanto sangre judía como mora, ya que *perro* se aplicaba igualmente a unos y otros; por la rama materna Montalbán es plenamente hebreo. Todos estos datos que lo identifican se hallan presididos por la negación *Non*, el rasgo que gobierna sobre todo un linaje de renegados. Por eso, en la última estrofa lo exhortará a atender, aduciendo *no es misa la que digo*. Finalmente, otras dos referencias al judaísmo de Montalbán se contienen en la hiperbólica expresión *en tus dos ojos cuatro mil sayones*, y en el último verso: *... que a sesenta leguas güeles*, que responde a una creencia existente entre algunas gentes de que los descendientes de los judíos bíblicos se distinguían de los otros por la fetidez de su olor¹³.

La referencia a ascendientes quemados que hemos visto en este

¹² En su edición de *Obras completas, I: Poesía original*. 2.^a ed., Barcelona, Planeta, 1968, pág. 1312.

¹³ Vid. J. A. Llorente, *La Inquisición y los españoles*. 2.^a ed., Madrid, Ciencia Nueva, 1967, pág. 62.

ejemplo, es uno de los resortes más comúnmente utilizados por Quevedo para recordar a más de uno su linaje, siempre con intención de satirizar y degradar. Así, contra F. Morovelli de Puebla, que atacó a Quevedo en varios escritos, compone el siguiente soneto, todo él destinado a desprestigiar el linaje de Morovelli:

Convirtiósse este moro, gran Sevilla,
perseguidor de todos tus linajes,
pues por sólo empatar hábitos, gajes
pagaste a su estupenda taravilla.

Hoy te prefiere al resto de Castilla
quien hizo de tu honor tantos potajes,
aloque de Moisés y Bencerrajes,
esto por raza, esotro por astilla.

En Belli cabe moro y cabe hebreo;
en Puebla, sinagoga con mezquita;
presume de lición por galileo:

testigo es Polión, lengua precita,
de cuando fue tu agüelo, el idumeo,
pastilla ardiendo por la ley escrita. (III, 255)

En las tres primeras estrofas el autor se dirige a Sevilla, donde nació Morovelli; en la última, el interlocutor es éste. Ya en el primer verso lo llama moro converso. En el 3.º puede referirse a la mezcla de sangre judía y mora de que habla en el resto del soneto. *Taravilla* será el tropel de palabras expresadas deprisa y sin concierto por Morovelli. En el 2.º cuarteto, a través de la metonimia *Moisés y Bencerrajes*, lo considera descendiente de judíos y moros respectivamente; si, en sentido literal, *aloque* definía a la mezcla de vino tinto y blanco, aquí es la mezcla de moro y judío¹⁴. El autor realiza una disociación en el primer apellido para jugar con los significados resultantes (Moro-Belli); por la rama paterna es moro (1.ª parte del apellido) y es hebreo (*Belli*). Por la rama materna, *Puebla*, tiene la misma mezcla, expresada por dos sinécdoques: *sinagoga* y *mezquita*. Morovelli es, pues, judío y moro por los cuatro costados. En el último terceto, Quevedo alega un testigo, *Polión*, de esos precedentes quemados por practicar *la ley escrita*, es decir, la ley mosaica. En *Polión* alude a algún contemporáneo; por la aposición que le añade como «lengua réproba», tal vez se refiera, como sugiere J. M. Blecua¹⁵, a su gran enemigo literario, Góngora.

¹⁴ Anota J. M. Blecua en su ed. de *Obras completas...*, pág. 1191.

¹⁵ *Obras completas...*, pág. 1191.

Por procedimientos distintos, nuestro poeta reitera varias veces en el soneto la sangre impura, judía y mora, de Morovelli.

Pero en otras ocasiones, menos numerosas, las quemas no hacen referencia al linaje, sino que son puros juegos de ingenio o constituyen la intimidación contra algún coetáneo del inminente peligro¹⁶. He aquí una muestra como ejemplo, referida a un juez:

Oyó cuerno en el Prado y Aranjuez;
 graduóse después de carnerón;
 como del fuego huye del lechón,
 si a San Antón encuentra alguna vez. (II, 59)

Son dos los insultos que le lanza: «cornudo» y «judío». Este jurista ha hecho otra carrera: oyó, no lecciones, sino *cuerno*; después se graduó, no de leyes, sino de «carnero»; es el mismo procedimiento envilecedor que veíamos en la 2.^a estrofa de la sátira contra Montalbán. En el primer verso reitera el insulto tres veces, mediante la dilogía que puede observarse en los dos nombres propios y la disociación en el 2.^o de ellos: este juez es semejante a un buey (*cuerno*), que pasta en el prado (*Prado*) y ara (*Aran-juez*). En el 2.^o verso el vituperio está en superlativo (*carnerón*). En los dos siguientes viene la acusación de «judío», porque huye del animal prohibido por su ley, el *cerdo*, y del *fuego*, se sobreentiende que es el inquisitorial, por ser judaizante.

Alguna vez la referencia al linaje se realiza a través de la inhabilitación de la que era víctima el que llevaba en sus venas sangre de judaizantes, porque heredaba la culpa. De este modo, si era necesario probar limpieza de sangre para entrar en las universidades, en colegios, o para pretender una encomienda, Quevedo llevará más lejos esta incapacitación del converso y, cuando se dirige a su acérrimo enemigo, Góngora, lo excluye hasta de entrar en algunas conversaciones, porque es, según nuestro poeta, un judío:

Con Esgueva es vuestro enojo;
 nombre de sucio le dan,
 siendo, de puro galán,
 todos sus males de ojo.
 Con mucha razón me arrojo:
 que sólo los bien nacidos
 celebramos atrevidos;
 que en otra conversación,
 por ser sucios, como son,
 no pueden ser admitidos. (III, 229)

¹⁶ Cfr. t. II, 451; III, 91, 215, 232, 248.

De nuevo hallamos aquí un juego conceptual en el adjetivo *sucio*, referido a Góngora como converso, de sangre no limpia, y a la vez como poeta de lo inmundo¹⁷. Quevedo muestra su altanería diciendo que sólo los de ascendencia clara como él (*los bien nacidos*) pueden osar divertirse abiertamente con cosas sórdicas, como el Esgueva; porque los otros, los conversos como Góngora, correrían el peligro de ser identificados con la misma suciedad que satirizan. Les están prohibidas estas conversaciones.

Ante las atrocidades por las que se obligaba a pasar a los conversos, sólo en parte reflejadas por Quevedo en lo que acabamos de examinar¹⁸, no es de extrañar el temor de aquéllos a ser reconocidos. Esto nos conduce a otro tipo de referencias utilizadas por nuestro autor, que veremos en el apartado que sigue.

2) REFERENCIAS AL AFAN DE SUPERACION SOCIAL DE LOS CONVERSOS

Los conversos intentaban la simulación por todos los medios posibles; de entre éstos, Quevedo deja constancia en su poesía satírica de la labor de ocultamiento apoyada en crear genealogías quiméricas y comprar falsas ejecutorias de hidalguía, como también los intentos por entrar hasta en las corporaciones más escrupulosas en cuanto a la limpieza de sangre. Quizás éste fuera para el converso el medio más seguro de evitar que algún día cayera la infamia sobre él y sus descendientes. Las pullas contra estas aspiraciones de nobleza de los judíos proliferan en abundantes diatribas literarias, a las que se suma nuestro autor. Veamos cómo denuncia y satiriza la adopción de apellidos ilustres:

Nombres sin don como el puño,
y tras el santo un Guzmán,
Cerde, Mendoza o Manrique,
no atisban mi humanidad.

Tengo el vicio inajudo,
sin perjuicio del ajuar: (II, 497)

Los apellidos enumerados eran de los más ilustres y por eso mismo «usurpados» por los advenedizos. También Pablos, en el *Buscón*, cuando intenta hacerse pasar por caballero se apropia del apellido Guzmán: «entró uno, el primero, preguntando por el señor don

¹⁷ Se refiere con estos versos a varios poemas de Góngora contra el Esgueva, como el que comienza «¡Oh qué malquisto con Esguevilla quedo!»: *Sonetos completos*. Madrid, Castalia, 1969, pág. 167.

¹⁸ Pueden verse otros ejemplos referidos al linaje en t. II, 216, 329, 479; III, 98, 223, 232, 245, 247, 440, 237.

Ramiro de Guzmán, que así dije que era mi nombre»¹⁹. En los versos arriba citados, esta adopción de apellidos está referida a los conversos, porque *el santo* no puede ser sino el sambenito, saco que era señal evidente del pecado y de la penitencia. El poeta los acusa, pues, de usurpar los apellidos más ilustres, deshonrándolos; este *vicio linajudo* es insufrible para Quevedo.

Otras veces el blanco del ataque son las probanzas de «limpieza» por dinero; en este sentido son muy terminantes los versos:

Alguno vi que subía,
que no alcanzaba anteayer
ramo de quien descender,
sino el de su picardía.
Y he visto sangre judía
hacerla el mucho caudal
(como papagayo real)
clara ya su vena oscura. (II, 155)

El mucho caudal con el que el judío compra su limpieza de sangre está comparado con *papagayo real*, el cual suelta avalanchas de palabras ridículas y sin sentido, igual que lo es la probanza del judío.

Otras veces Quevedo acusa las aspiraciones de estos «advenedizos» al título de caballero:

que lagarto rojo espere
el que aún espera al Señor,
y que tuvo por favor
las aspás descoloridas,
concértame esas medidas. (II, 143)

Lagarto rojo es una imagen que se refiere a la espada roja, insignia de los caballeros de la orden de Santiago²⁰. A Quevedo le resulta insufrible que quien ha llevado el sambenito (*aspás descoloridas*) y que a pesar de ello sigue practicando la ley mosaica (*el que aún espera al Señor*), pretenda obtener el mismo privilegio que él, descendiente de la Montaña, entrando en la orden de Santiago, cuyos estatutos eran extremadamente escrupulosos en cuanto a la nobleza que exigían, abarcando tanto la de limpieza de sangre como la de hidalguía. En este ejemplo vemos cómo los conversos aspiran a los más altos títulos, incluso los que habían sido penitenciados, porque *aspás descoloridas* es una metonimia para significar al sambe-

¹⁹ *La vida del Buscón llamado don Pablos*. Ed. crítica de F. Lázaro Carreter, pág. 209.

²⁰ Nota de J. M. Blecua, *Obras completas...*, pág. 686.

nito, vestidura amarilla con un aspa (o dos) roja. Los penitenciados debían llevarlo como signo de la infamia durante un tiempo, que podía ser unos meses o la vida entera. El adjetivo *descoloridas* conlleva otro significado: ese individuo ha llevado tanto tiempo puesto el sambenito, que el color rojo se ha desgastado.

También en estos otros versos Quevedo ataca a un personaje cuyo padre, siendo un penitenciado, pretendió entrar en la orden de Santiago:

compró [*su padre*] más de un pariente;
pretendió, en el dinero confiado,
traer a Santiago sobre el pecho,
muy encaballero,
y no le fue el dinero de provecho;
que en tan nueva quimera
parecieran alforjas si trujera
a Santiago al pecho, y a la espalda
San Benito amarillo, como gualda;
y anduviera el Apóstol caballero
a un tiempo con bordón y bordonero. (II, 109)²¹

Quevedo satiriza esta pretensión del padre con la formación de un verbo degradador: a partir de «caballero» construye *en-caballer-ar*, con el que pone en solfa al caballero postizo. Este intento es considerado por nuestro poeta como una excentricidad, y el fracaso como una consecuencia lógica, porque no era más que una *quimera*, es decir, pura imaginación sin ninguna consistencia real. Si lo hubiese conseguido, este converso parecería un figurín burlesco, porque llevaría, por un lado, la noble cruz de Santiago, y, por otro, el infamante sambenito; son dos cosas, según Quevedo, incompatibles; el contraste desmesurado entre ambas haría ridículo al personaje. Llevaría *San Benito amarillo, como gualda* (hierba que sirve para teñir de amarillo), es decir, este color infamante inundaría a la persona por entero, con Santiago y todo. Hay un juego conceptual entre los nombres de los dos santos, Santiago y San Benito. En éste se ha realizado una disociación desde la forma «sambenito», resultando *San Benito*: asociadas así estas dos formas, el nombre propio cambia de sentido, produciéndose un efecto cómico. En la paronomasia del último verso, *con bordón y bordonero*, el efecto cómico está precisamente en el significado opuesto de ambos términos, que en el plano formal son muy similares, como si el segundo se derivase del primero.

²¹ Cfr. otros ejemplos sobre estas aspiraciones linajudas en t. II, 108, 109; III, 81, 223, 232-3, 333, 359.

3) REFERENCIAS A PERSONAJES BIBLICOS

También estas referencias, como las del primer apartado, son bastante frecuentes en la poesía satírica de Quevedo. Dos son los personajes, salvo algún otro sólo ocasional, de los que intervinieron en la Pasión utilizados por nuestro poeta para referirse a lo hebreo: Poncio Pilatos y Judas Iscariote; como es obvio, también aquí existe una alusión al origen de los de la raza.

Los ejemplos relativos al primero no son muy abundantes. Veamos alguno de los más reveladores; Montilla, «llavero de cerraduras», dice en una jácara:

Ponce se llamó mi padre,
y los muchachos lo Ponce
lo juntaron a Pilatos,
echándolo yo a Leones. (III, 296)

Hay aquí un juego con los apellidos (*Pilatos* y *Leones*), que atribuye al nombre común a ambos (*Ponce* o *Poncio*) un linaje totalmente opuesto. *Ponce* [...] *Pilatos* alude al procurador de los romanos que intervino en la Pasión; los muchachos lo motejaban, pues, de hebreo. Montilla, por el contrario, asimila Ponce al apellido más ilustre de la nobleza andaluza; es, por tanto, uno de los cristianos nuevos con afán de nobleza. Observamos que en este ejemplo Quevedo aprovecha sus hallazgos anteriores: En el *Buscón* aparecen ampliados nuestros cuatro versos: la asociación de esos dos apellidos realizada por los muchachos del lugar y referida al padre del protagonista, que narra en 1ª persona²². Los versos son posteriores, ya que escribió el *Buscón* hacia los 24 años (1604 aproximadamente), y esta jácara viene a ser de 1640²³.

En un soneto en el que satiriza el físico de una persona desconocida, Quevedo nos presenta a Pilatos como un ser furioso:

en el mirar, trescientos garabatos;
la color, solimán, fondo en hametes;
por cejas dos bigotes con ribetes;
por ojos, dos furísimos Pilatos; (II, 56)²⁴

Este personaje tiene los ojos de judío furioso y oscuro el color del rostro, como los turcos y los árabes. Hay un juego de voces²⁵ entre *solimán* —el afeite para el rostro y «turco»— y el nombre *Ha-*

²² Ed. cit., págs. 25-6.

²³ Según J. M. Blecua, *Obras completas...*, pág. 1222.

²⁴ Véanse otros ejemplos referentes a Pilatos en t. II, 20-1, 381; III, 43.

²⁵ Como sugiere J. M. Blecua, *Obras completas...*, pág. 604.

mete, muy común entre turcos y árabes. Volvemos a hallar aquí, como en ejemplos anteriores, la frecuente amalgama que nuestro autor realiza de lo hebreo y lo árabe; en algún momento de su producción llega, incluso, a indiferenciarlos: «Entré en casa, y el morisco que me vio, comenzóse a reír y a hacer como que quería escupirme. Yo, que temí que lo hiciese, dije: —«Tened, huésped, que no soy *Ecce-Homo*»²⁶.

Mucho más abundantes que las de Pilatos son las referencias a Judas, basadas en conocidos tópicos contra él. Así, a veces se presenta como sinónimo de «traidor», como en el romance de los borrachos, en el que uno de ellos, Maroto, se lamenta de la degeneración moral a la que han llegado los españoles; él hubiera querido aprovecharse también:

Y yo, que en diez y seis años
que tengo de despensero,
aún no he podido ser Judas
y vender a mi maestro. (II, 309)

Este despensero no ha conseguido en dieciséis años lo que Judas logró en tres —los tres años de vida pública de Jesús—. Quevedo ha establecido un paralelismo entre dos hechos diacrónicos:

— Judas, despensero, vende a su maestro, Jesús.

— Maroto, despensero, desea vender a su maestro, su amo, pero tomando «vender» en el sentido de «robar».

Esta misma relación que establece entre los despenseros y Judas podemos comprobarla en su prosa: «Estaba, pues, Judas muy contento de ver cuán bien lo hacían los despenseros en venirle a cortejar y a entretener, que muy pocos me dijeron que le dejaban de imitar. Miré más atentamente, y fuime llegando donde estaba Judas, y vi que la pena de los despenseros era que, como a Titio le come un buitre las entrañas, a ellos se las *escarban* dos aves, que llaman sisones. Y un diablo decía a voces de rato en rato: —Sisones son despenseros y los despenseros, sisones»²⁷.

En el *Poema del Orlando enamorado*, Quevedo presenta a Galalón de un modo insultante:

También diré las ansias y la basca
de aquel maldito infame basilisco
Galalón de Maganza, par de Judas,
más traidor que las tocas de viudas. (III, 412)

²⁶ *Buscón*, ed. cit., pág. 65.

²⁷ «El sueño del infierno», en *Sueños y discursos*. Madrid, Castalia, 1972, pág. 135-6.

El poeta subraya la maldad de Galalón añadiendo a un nombre como *basilisco* dos adjetivos despectivos también. En el 4.º verso hay una comparación de aquél con *las tocas de viudas*, que son traidoras en dos sentidos: en primer lugar, con la toca la mujer puede parecer bella no siéndolo; en segundo lugar, donde parece que hay un rostro triste —por la muerte del marido—, puede hallarse uno alegre. La aposición *par de Judas* está referida a Galalón y, por tanto, ambos personajes participan por igual de todas esas maldades.

En otras ocasiones, Quevedo se refiere al color *bermejo* del cabello de Judas, que presenta dos acepciones: color del cabello y sinónimo del «malvado». Aunque en la *Biblia* no se hace mención de esta circunstancia, era creencia común que Judas tenía cabello rojo. Nuestro poeta se plantea esto en su prosa: «—¿Al justo vendiste? Este es Judas. Y llegúeme con codicia de ver si era barbinegro o bermejo, cuando...»²⁸. Y vuelve a poner en solfa el color del cabello de Judas: «no sabré decir sino que me sacó de la duda de ser barbirrojo, como lo pintan *los españoles por hacerle extranjero, o barbinegro, como le pintan los extranjeros por hacerle español*»²⁹. Como puede observarse, esto es una burla, porque primero afirma que salió de la duda, pero después nos dice que era barbirrojo y también barbinegro, las dos cosas.

En su poesía, en cambio, Quevedo da por cierto siempre que Judas era pelirrojo. Veamos:

Todo cabello es de oro,
en apodos, y no en tiendas,
y en descuidándose Judas,
se entran a sol las bermejas. (II, 393)

Aquí, Quevedo satiriza el abuso de las alabanzas de los poetas, que usan constantemente la imagen (hebras de) oro = cabellos rubios, tan desgastada y carente de originalidad. El color bermejo tiene, en este caso, sentido peyorativo: hasta las mujeres pelirrojas pasan a rubias en la pluma de los poetas.

En cuanto a *bermejo* como sinónimo de «malvado», el autor repite una idea generalizada. Así se observa, por ejemplo, en los refranes «Hombre bermejo y mujer barbuda, de una legua los saluda», «Barba roja y mal color, debajo del cielo no le hay peor»³⁰. Veamos alguna muestra como ejemplo:

²⁸ *Id.*, pág. 121.

²⁹ *Id.*, pág. 135.

³⁰ G. Correas, *Vocabulario de refranes*. Madrid, 1924, págs. 244 y 79 respectivamente.

Xeldre está en Torre Bermeja;
mal aposentado está,
que torre de tan mal pelo
a Judas puede guardar. (III, 308)

Aquí un jaque nos da la relación del mal fin que han tenido sus compinches, uno de los cuales es Xeldre, que está encarcelado en Torre Bermeja. Hay un juego conceptual entre este nombre propio y su significado literal (roja), que continúa en el tercer verso valiéndose del cliché popular «tener algo mal pelo». Este aprovechamiento de fórmulas hechas es muy típico de Quevedo.

Otras veces nuestro poeta se refiere a Judas suicida:

Y muriera como Judas;
pero anduvo tan sagaz,
que negó, sin ser San Pedro,
tener llave universal. (III, 278)

Se trata de una carta de la Méndez a Escarramán en la que relata lo que le sucedió a uno de sus compinches. El jaque al que se refieren los versos negó (no confesó) y por ello se libró de morir como Judas, es decir, de ser ahorcado. El juego que el autor realiza asociando la *llave universal* de este ladrón y las llaves de la Iglesia que Cristo entregó a san Pedro, lo hallamos también, por ejemplo, en Carlos García, que, describiendo las variedades de ladrones, dice: «Los apóstoles toman el nombre de San Pedro, porque, así como él tuvo las llaves del cielo, así también éstos llevan ordinariamente una ganzúa o llave universal, con que abren todo género de puertas»³¹.

En alguna ocasión los versos se refieren a la cualidad de avaro de Judas. Por su codicia es pintado a menudo con una bolsa de dinero; de ahí que Quevedo haga decir a una mujer del sonsaque:

Quisiera que fueran Judas
cuantos bailarines hallo:
que aun no me parecen mal
con bolsa los ahorcados. (III, 382)

Por último, se halla *Iscariote* utilizado como calificativo, de lo que ya hemos visto algún ejemplo anteriormente; así:

³¹ *La desordenada codicia de los bienes ajenos*, en *La novela picaresca española*. 6.ª ed., Madrid, Aguilar, 1968, pág. 1177. Hill, *Voces germanescas*. Indiana University Publications, 1949, pág. 86, sólo recoge «ganzúa».

La edad, que es lavandera de bigotes
 con las jabonaduras de los años,
 puso en mis barbas a enjugar sus paños,
 y dejó mis mostachos Escariotes. (II, 32) ³².

Escariotes es aquí una metonimia referida a un solo aspecto somático (a los mostachos). El paso del tiempo ha transformado el color de sus mostachos, que han pasado a rojos, a Escariotes, según la tradición le atribuye a Judas.

Esta transformación de las funciones de las palabras es uno de los resortes quevedescos para lograr su característica condensación expresiva y la intensa carga conceptual de su lenguaje.

4) REFERENCIAS A LA APARIENCIA FISICA DEL JUDIO

El número de ejemplos registrados es levemente inferior al del apartado precedente. Nuestro autor utiliza dos elementos de la apariencia física del judío: las vestiduras largas y la nariz.

Con respecto al primero, debe tenerse en cuenta que el judío es un ser muy tradicional, muy apegado a sus costumbres. Por eso, el judaizante del ghetto se diferencia de los cristianos, entre otras cosas, en que conserva el modo de vestir oriental, que usaba vestiduras largas. No le sucederá así al converso posteriormente, que intenta no diferenciarse del resto de los cristianos. El mismo Quevedo dice: «Se juntaron [...] por los hebreos disimulados, y que negociaban de rebozo con traje y lengua de cristianos, Rabbí David...» ³³. Es lógico, por tanto, que los ejemplos de Quevedo en este sentido vayan referidos a los judíos bíblicos o judaizantes públicos de épocas anteriores, lo que alguna vez transfiere a conversos coetáneos. He aquí cómo trata a los disciplinantes que rememoran la Pasión:

Fariseo confitado,
 te desmientes español;
 mejor merece el saúco
 la túnica que el bolsón. (II, 381)

El *fariseo* era el miembro de una secta judía que fingía austeridad. Ese disciplinante es un fariseo confiado (*confitado*) en que, disciplinándose, cree que se hace pasar por un buen cristiano; pero lo que en realidad va pareciendo es un fariseo (un judío) y, por tanto, no

³² Véanse otros ejemplos sobre Judas en t. II, 21, 263; III, 48, 74, 203, 420, 457.

³³ «La fortuna con seso y la hora de todos», en *Obras completas en prosa*, I. 6.ª ed., Madrid, Aguilar, 1966, pág. 266.

español. La vestidura que le es propia es la *túnica*, porque el disciplinante está aquí considerado como uno de los judíos que crucificaron a Cristo y se rifaron su túnica ³⁴.

Mucho más abundantes que éstas son las referencias a la nariz ³⁵. Uno de los argumentos que más han sido utilizados en la literatura para satirizar al judío, está basado en la creencia generalizada en unos rasgos físicos inconfundibles. Mateo Alemán, de sangre hebrea reconocida ³⁶, tenía un aspecto de los que se consideran característicos: nariz corva, ojos almendrados y vivos, cara ancha... El más explotado de todos tal vez sea el tópico de la nariz corva y larga ³⁷, el único en este sentido utilizado por nuestro poeta, para el que constituye un elemento que revela invariablemente el origen racial del converso; así, en unas décimas considera la nariz larga de Góngora como prueba irrefutable:

En lo sucio que has cantado
y en lo largo de narices,
demás de que tú lo dices,
que no eres limpio has mostrado. (III, 231-2)

Al principio, nuestro poeta se refiere a las poesías sórdidas de Góngora. La «suciedad» de éstas, junto con la nariz, se transfiere al origen judío del poeta cordobés, que con sus versos sórdidos, según Quevedo, muestra su carácter sucio en sentido literal y racial; apoya este último valor mediante la referencia a la nariz.

De nuevo lo satiriza, con una de sus acostumbradas hipérbolos, en los siguientes versos:

Construye jarigonza paraís,
que circuncirca es del Polo mus;
vete a dudar camino de Emaús,
pues te desprecia el palo y el mentís.

Tu nariz se ha jujntado con el os
y ya tu lengua pañizuelo es;
sonaba a lira, suena a moco y tos. (III, 243)

Además de la referencia local *Emaús*, el hebraísmo de Góngora se halla indicado también en la exageración sobre su nariz, tan enorme-

³⁴ *San Juan*, 19, 23-4.

³⁵ Cfr. algún ejemplo más sobre las vestiduras del judío en t. II, 163, 333.

³⁶ Según su biógrafo F. Rodríguez Marín, *Documentos hasta ahora inéditos referentes a M. Alemán y a sus deudos más cercanos*. (1546-1607), en BAE., XX (1933), págs. 216-7 especialmente.

³⁷ Cfr. E. Glaser, *art. cit.*, págs. 50-1.

mente larga que le llega a la boca, de forma que la lengua le sirve de pañuelo; por esor, la que antes sonaba *a lira*, suena *a moco y tos*. Una vez más Quevedo alude a las poesías de Don Luis que se recrean en lo sórdido, reflejo de una sangre no limpia.

El mismo carácter hiperbólico se observa en las referencias a la nariz aguileña; así:

El narigudo oledor
que fue alquitara con ojos,
y se va, si no le tienen,
a sayón su poco a poco;

a sombra de sus narices
se está riendo del romo. (II, 436).

La cara de este narigudo parece una alquitara, un alambique, instrumento largo y corvo. Se refiere, pues, a una nariz aguileña, tan grande que inunda toda la cara. A pesar de esto es más pequeña que la del sayón (*y se va, si no le tienen, / a sayón su poco a poco*). El término *sayón* puede tener otro significado: cada vez más, esa nariz se va pareciendo a una saya grande. Cobijado tras sus enormes narices, este personaje puede reírse ocultamente del romo.

En el conjunto de ejemplos relativos a la nariz predomina esta relación entre nariz grande y sayón, tomando éste en el sentido de judío. Fácilmente podrían multiplicarse los ejemplos:

A Roma van por todo; mas vos, roma,
por todo vais a todas las regiones.
Sopa dan de narices los sayones:
no hay que aguardar, que el prendimiento asoma. (II, 44)

El ejemplo más destacado, donde la exageración llega a sus máximos extremos, es el conocido soneto «Érase un hombre a una nariz pegado» (II, 5), que cuenta con un excelente análisis de F. Lázaro³⁸.

También en su prosa utiliza Quevedo muchísimas veces estas referencias a la nariz grande de los judíos; así, dirá que en Castilla abundaban mucho los de Israel: «Hay muy grande cosecha desta gente, y de la que tiene sobradas narices y sólo les faltan para oler tocino»³⁹. Y es que para nuestro autor el judío es siempre de nariz larga y grande —aunque hay autores y refranes que aluden al chato,

³⁸ *Estilo barroco y personalidad creadora*, Salamanca, Anaya, 1966, páginas 44-8.

³⁹ *Buscón*, ed. cit., pág. 61.

considerado más peligroso que el otro—; llega a estimar, incluso, que el ser chato y el ser judío se excluyen. Veamos un ejemplo revelador:

Nariz de fuera de credo,
 pues por un pezón te suenas;
 nariz que en la cara apenas
 te la puede hallar un pedo.
 Grano que se entra de gorra,
 a nariz contra sayón, (III, 209-210) ⁴⁰.

Credo no se refiere aquí a creencia religiosa, sino que significa la brevedad de la nariz. Quevedo extrae el significado de la fórmula «en un credo», es decir, en breve tiempo. La identifica después con *grano*, exagerando metafóricamente la enorme pequeñez de esta nariz. Debido a su tamaño es *nariz contra sayón*, pues al sayón, al judío, le sucede todo lo contrario: tiene una nariz muy grande.

5) REFERENCIAS A LAS CREENCIAS RELIGIOSAS DE LOS JUDIOS

Quevedo recoge tan sólo en su poesía dos de las creencias de los judíos: la aversión a la carne de cerdo y la esperanza en el Mesías. Como es sabido, el rechazo del cerdo responde a uno de los preceptos de la ley mosaica; así lo dice explícitamente el *Antiguo Testamento*: «No comeréis los [*animales*] que sólo rumian o sólo tienen hendida la pezuña. Tendréis por impuros, por consiguiente, el camello..., el conejo..., la liebre; el cerdo, que tiene partida la pezuña, pero no rumia. No comeréis sus carnes ni tocaréis sus cuerpos muertos; los tendréis por impuros» ⁴¹. No parece que haya en la literatura alusiones a la prohibición mosaica de comer carne de camello, conejo o liebre; en cambio, las referidas al cerdo son abundantísimas como motivo de mofas y chanzas ⁴². Recordemos el conocido pasaje de *Cabra*, que se ve obligado a poco más que enseñar el tocino a la olla (dada su miseria) «por no sé qué que le dijeron, un día, de hidalguía, allá fuera» ⁴³. Quevedo pone en solfa un hecho de dominio general, la resistencia que opusieron los conversos a desvincularse de esta abstención. Y, seguro de ser comprendido por sus coetáneos, versifica jugando con el *puerco*, que en la mayoría de las ocasiones concreta en el *tocino*, y lo *sucio* en sentido racial; todo esto es incompatible con la limpieza de sangre:

⁴⁰ Cfr. otros ejemplos sobre la nariz judía en t. II, 266; III, 212, 213, 238.

⁴¹ *Levítico*, 11, 4-8.

⁴² Así, en Quiñones de Benavente, *Baile del alfiler*. NBAE., XVIII, p. 648.

⁴³ *Buscón*, ed. cit., pág. 42.

Que su limpieza exagere,
 porque anda el mundo al revés,
 quien de puro limpio que es
 comer el puerco no quiere;
 y que aventajarse espere
 al conde de Benavente,
¡mal haya quien lo consiente! (II, 193-4)

Los versos 3.º y 4.º son irónicos. Los conversos intentaban parecer, pues, cristianos ortodoxos, exagerando su *limpieza* de sangre, aunque ocultamente se atuvieran a los preceptos mosaicos, como el rechazo a *comer el puerco*. Los cuatro primeros versos se hallan también en otra letrilla satírica (II, 143). Junto a lo anterior, en el ejemplo citado se observa, una vez más, la intolerancia de Quevedo ante las aspiraciones sociales de los conversos.

En estos otros versos se dirige contra Góngora:

Yo te untaré mis obras con tocino,
 porque no me las muerdas, Gongorilla,
 perro de los ingenios de Castilla

 Apenas hombre, sacerdote indino,
 que aprendiste sin christus la cartilla; (III, 238)

En éste y otros ejemplos que hemos visto antes se constata la gran enemistad existente entre Quevedo y Góngora, que reflejan en mutuas y abundantes diatribas literarias cargadas de odios e insultos. En este caso, nuestro poeta replica al soneto de Góngora «Anacreonte español...»⁴⁴. Nada más comenzar lo tacha de judío con la referencia al tocino; esta misma finalidad tiene el insulto «perro», judío que ataca, muerde a ingenios de la época como Quevedo o Lope. El tono despectivo con que se le dirige está enfatizado por una sufijación anómala del nombre propio, el diminutivo *Gongorilla*⁴⁵.

Si el rechazo del tocino es manifestación indudable del origen sucio, su uso es, por el contrario, signo de cristianos viejos; veámoslo con un ejemplo:

Hago yo mi olla
 con sus pies de puerco,
 y el llorón judío
 haga sus pucheros.

⁴⁴ Góngora, *Sonetos completos*. Ed. cit., pág. 266.

⁴⁵ Parece ser que todas estas persistentes alusiones de Quevedo a los antecedentes judaicos del poeta cordobés, se basan en simples habladurías sobre un tío materno; cfr. A. Domínguez Ortiz, *ob. cit.*, pág. 212.

Denme a las mañanas
 un gentil torrezno,
 que friendo llame
 los cristianos viejos. (III, 103) ⁴⁶

Existe aquí una dilogía en *pucheros*, que significa al mismo tiempo los mohínes que hacen los judíos al llorar y el recipiente donde se condimenta el cocido, en el que el poeta echaría *pies de puerco* —enfanzados por el posesivo *sus*—, porque es cristiano viejo; el judío, en cambio, no los añade a *sus pucheros*.

La extraña calificación de *llorón* dada al judío en general, aparece repetida por Quevedo; así:

Las fuentes se van riendo;
 aunque sabe Jesucristo
 que hay melancólicas muchas,
 que lloran más que un judío. (II, 377)

Según nuestro poeta, los judíos no sólo no gustan del tocino, sino que incluso huyen de él, les produce aversión. Esto mismo, relacionado con el tópico del tendero judío, podemos verlo en su prosa: «Y el tenderete... me decía que todos los otros eran judíos y sé yo que su padre se murió de asco de un torrezno» ⁴⁷.

Mucho menos abundantes que éstas son las referencias a la esperanza del judío en la venida del Salvador; esta actitud fue, quizás, el rasgo más distintivo de judaísmo. Así, según Covarrubias, ser judío es esperar tercamente la venida del Mesías: «Oy día lo son [judíos] los que no creyeron en la venida del Mesías Salvador, Christo Jesús, Señor Nuestro, y continúan el professar la ley de Moysén, que era sombra desta verdad» ⁴⁸. La igualdad «esperar al Mesías» = ser judío era conocida de todos y fue muy explotada por los literatos ⁴⁹. Son muy numerosos los juegos que realizan basados en esta esperanza, considerándola vana. D. Alonso señala el siguiente ejemplo de Quevedo en el *Buscón*: «Nuestras cartas eran como el Mesías, que nunca venían y las aguardábamos siempre», y comenta: «Bien claro se ve que la ironía amalgamaba hacia el bando de los judíos. Mas ni aun para atacar a los judíos se podían deslizar

⁴⁶ Véase algún ejemplo más en t. II, 68, 516; III, 237, 419.

⁴⁷ «Discurso de todos los diablos», en *Obras completas en prosa*, I. Ed. cit., pág. 203.

⁴⁸ *Tesoro de la lengua castellana o española*. Ed. de Martín de Riquer. Barcelona, 1943; s.v. *judío*.

⁴⁹ Así, en la comedia de Calderón *Casa con dos puertas mala es de guardar*. BAE, t. 7. Madrid, 1944, pág. 144; Tirso de Molina, *Cigarrales de Toledo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1968, pág. 115; A. Moreto, *El licenciado Vidriera*, BAE, XXXIX. Madrid, 1950, pág. 263.

nombres sagrados entre los revuelos de un chiste, y en la edición de 1626 el pasaje ha sido suprimido.»⁵⁰ Sin embargo, Quevedo no tiene reparo otras muchas veces en «deslizar» entre chistes esos nombres, tanto en su prosa —«y voto a N, que sé yo que guarda dinero, y la lay de Moisés. El dice que espera un hábito, y yo digo que al Mesías»⁵¹—, como, aunque escasas veces, en su poesía, en la cual ofrece ejemplos como éste:

Adoro, aunque te pese, galileo,
el pan que muerden tus rabiosos dientes;
adoro al que, en mortaja de accidentes,
vivo en la muerte que le diste veo.

Adoro a Cristo y sus preceptos creo,
aunque de enojo y cólera revientes;
espérenle, si quieren, tus parientes,
que yo en el Sacramento le poseo. (II, 68)⁵²

Con la enorme capacidad afectiva de nuestro autor, los versos se hinchan de ira y giran todos en torno a la acusación contra un clérigo sacrílego, practicante de la ley mosaica. Lanzar bulos contra acciones sacrílegas de falsos clérigos, que en realidad eran judaizantes, no era novedad, y hubo algún caso cierto⁵³. Tal vez apoyándose en ello, nuestro poeta considera a éste, en la primera estrofa, como un clérigo que infama la Hostia al decir misa, a la vez que le lanza uno de los insultos más comunes contra los judíos, que ya hemos visto en otros ejemplos: «perro»⁵⁴, a través de *rabiosos dientes*. En los versos 3 y 4 lo identifica con sus ascendientes hebreos, acusándolo de ser autor directo de la muerte de Jesucristo. Es en la 2.^a estrofa donde lo tacha de esperar aún, junto con sus parientes, al Mesías; y termina señalando la inutilidad de esa esperanza, porque él, Quevedo, está gozando en el Sacramento lo que ya llegó.

6) REFERENCIAS A LOS OFICIOS Y LUCRO DEL JUDIO

La cantidad de ejemplos que ofrece este apartado es muy similar a la del anterior. Aunque de escasa frecuencia, son suficientes para mostrar la realidad aproximada de la época, en la que los con-

⁵⁰ Reseña a la ed. del *Buscón* de A. Castro, *R.F.E.*, t. 14; 1927, pág. 77.

⁵¹ «Discurso de todos los diablos», en *Obras...*, pág. 203.

⁵² Véanse también los ejemplos de t. II, 371, 515.

⁵³ Así lo parece el caso de fray Diego de Marchena; vid. A. A. Sicroff, «El caso del judaizante Fray Diego de Marchena», en *Homenaje a Rodríguez Moñino* II, Madrid, Castalia, 1966, págs. 227-233.

⁵⁴ Cfr. otras muestras en t. II, 59-60, 452; III, 233, 359, 421, 428.

versos seguían en sus oficios típicos, que los identificaban, con el consiguiente peligro de caer en la sospecha. Son diversas las profesiones casi exclusivas de conversos, cuya preferencia se volcaba especialmente en las liberales⁵⁵, contra las que Quevedo lanza sus inyecciones; sin embargo, omite muchísimas veces la determinación racial. Así, además de algunas referencias que hemos podido comprobar en ejemplos anteriores, sólo tres vienen a ser los oficios que el poeta, de un modo u otro, vincula a lo judío: mesonero, juez y mercader. He aquí el primero de ellos:

Moisés, rico mesonero,
yace aquí con su mujer;
mas no es Moisés el primero,
que deste nombre hubo dos:
aquel primero vio a Dios;
éste no lo pudo ver. (III, 219)

Parece indudable que Quevedo amalgama aquí, una vez más, lo moro y lo hebreo, ya que se trata del epitafio «A un mesonero morisco llamado Moisés», al mismo tiempo que este nombre propio se revela como típicamente hebreo. Posiblemente el personaje del ejemplo era moro o judío recalcitrante, público, o al menos lo fueron sus padres, que habían tenido la osadía de manifestar en público signos de su religión. Puede que añada otro indicio al origen hebreo el adjetivo *rico*, acaudalado; es un hombre que ha acumulado riquezas con su oficio. Finalmente, puede referirse a una u otra raza el juego de palabras y la contraposición típicamente barroca *aquel primero vio a Dios; / éste no lo pudo ver*; en el primer verso, el verbo tiene su significado literal (Moisés vio y habló con Dios en el monte Sinaí); en el segundo expresa que este Moisés de la actualidad de Quevedo odiaba a Dios.

En cuanto a los jueces, veamos un ejemplo en el que los considera injustos y malvados:

El juez, en injustos tratos,
cobra de malo opinión,
porque hasta en la pasión
es parecido a Pilatos. (II, 154)

El adverbio *hasta* conduce a la asimilación absoluta del juez con Pilatos, con un judío. Igual que hizo éste, el juez se desentiende de su obligación, que consiste en hacer justicia.

Algún ejemplo más ofrecen las referencias a los mercaderes,

⁵⁵ Cfr. A. Domínguez Ortiz, *ob. cit.*, págs. 22-3 y 230-1.

con las que el poeta refleja una opinión de dominio popular, ya que es sobre todo en este oficio donde los judíos descubren su gran ingenio, como dice el refrán «Judío para la mercadería y fraile para la hipocresía»⁵⁶. En el romance «Matraca de los paños y sedas» podemos observar cómo, para Quevedo, los judíos tienen prácticamente la exclusiva en esta profesión. El centro de atención del romance radica en las invectivas que se lanzan entre sí distintos tipos de telas en una tienda, pero el poeta aprovecha la ocasión para aludir al linaje del dueño sin que sea necesario:

Mirábanse de mal ojo
 en la tienda de un cristiano
 (viejo, si en la información
 da por testigos los años)
 las telas altas y bajas,
 que en sastre llaman recados; (III, 47-8)

El poeta ha logrado el chiste aquí, en primer lugar, separando físicamente el sustantivo de su adjetivo (están en versos distintos y, además, separados por un paréntesis); y, en segundo lugar, jugando con los significados de *viejo* (en edad / en linaje limpio), con el que expresa que este tendero es un converso, cristiano viejo sólo en la edad.

Entre los aspectos negativos que Quevedo achaca a los mercaderes destaca sobre todo el de avaro y ladrón; comprobémoslo con algún ejemplo:

Andaba de mano en mano
 la prosa del interés,
 muy solícito el tendero
 con la vara de Moisés. (II, 491)

De nuevo un nombre propio identifica el origen del personaje. Este judío se nos muestra con una de las maldades que muchísimas veces se atribuye a los de la raza: la hipocresía; con ella intenta vender lo más posible; por eso el narrador se halla rodeado de *la prosa del interés* y ve cómo, en perjuicio de su bolsa, se la pasan de mano en mano tres mujeres del sonsaque y el tendero judío. El término *vara* contiene varios sentidos: el instrumento del que se sirve el tendero para medir todo lo que se le pida. Al igual que Moisés hacía milagros con su vara, según el A. Testamento⁵⁷, esta otra hace el milagro de proporcionarle dinero al dueño. Por último, el tendero

⁵⁶ G. Correas, *Vocabulario...*, pág. 253.

⁵⁷ *Exodo*, caps. 7 y 8.

aparece, con su vara en la mano, como una especie de verdugo para el bolsillo del narrador. En *El sueño del infierno*, Quevedo utiliza también esta alusión a la vara de Moisés referida a los mercaderes: «Pensaron los ladronazos que no había más y quisieron con la vara de medir hacer lo que Moisés con la vara de Dios, y sacar agua de las piedras.»⁵⁸ En otros muchos momentos de su obra festiva en prosa, nuestro autor se basa en la avaricia de los mercaderes, considerándolos conversos, para realizar juegos humorísticos, como en el pasaje del *Buscón* en que aparece «un viejo mercader y avariento procurando olvidarse de cenar», al que le hacen unas cuantas burlas en la venta y, finalmente, terminan diciéndole: «Señor nuevo, a pocas estrenas como ésta envejecerá»⁵⁹. En su poesía satírica, en cambio, acusa en los de esta profesión diferentes rasgos negativos, pero elude, como dije anteriormente, la referencia al linaje en la mayoría de las ocasiones⁶⁰.

Es preciso destacar que los quehaceres de los judíos en aquel ambiente son la manifestación de una mentalidad abierta, exenta de prejuicios. Añadamos a esto que la idea de que los judíos eran muy sutiles pertenecía al común acuerdo, lo que llegó, incluso, a los refranes —«Ni judío necio ni liebre perezosa»⁶¹—. Indico de paso que Quevedo, en su poesía satírica, no atribuye inteligencia a los judíos; sería un elogio que no cabe esperar de él; pero sí la idea generalizada de que eran personas cultas⁶² y que, por el contrario, la ignorancia identifica al caballero⁶³:

Pues lo de ser caballero
no sé cómo me lo niega,
sabiendo que hablo despacio
y que hago mala letra. (II, 474)

Como consecuencia de todo esto, es decir, de su mentalidad abierta y de sus características intelectuales, el judío superaba al resto de sus contemporáneos, en términos generales, por lo que triunfaba en sus profesiones y hacía dinero con facilidad. Sin embargo, Quevedo ofrece escasas referencias a este aspecto, aunque alguna vez

⁵⁸ Ed. cit., pág. 121.

⁵⁹ Ed. cit., pág. 60.

⁶⁰ Véase algún ejemplo de este tipo en t. II, 119, 193, 478, 520; III, 69.

⁶¹ G. Correas, *Vocabulario...*, pág. 337.

⁶² Quevedo se refiere a esto en II, 59, 473; III, 150.

⁶³ Por eso aconsejará alguna vez: «Para ser caballero o hidalgo, aunque seas judío o moro, haz mala letra, habla despacio y recio, anda a caballo, debe mucho y vete donde no te conozcan y lo serás.»: «El libro de todas las cosas», en *Obras completas en prosa*, I, ed. cit., pág. 115.

caracteriza al judío como hombre rico —cualidad que veíamos también en algunos de los versos de las páginas precedentes—:

- En esta piedra yace un mal cristiano.
- Sin duda fue escribano.
- No, que fue desdichado en gran manera.
- Algún hidalgo era.
- No, que tuvo riquezas y algún brío.
- Sin duda fue judío.
- No, porque fue ladrón y lujurioso. (III, 221)

Aquí les atribuye riquezas y resolución; ésta era la causa de su facilidad para hacer dinero, porque al judío, frente al cristiano, no le importaban los convencionalismos sociales.

Quevedo aprovecha esta fama de los judíos para hacer dinero en los siguientes versos, referidos a una moza estafadora:

Va con pasos de pasión
de crucificar amantes,
y con donaires sayones
que los dineros taladren. (III, 407) ⁶⁴

El autor utiliza aquí unos elementos bíblicos (*pasión, crucificar*) para caracterizar el garbo de esta moza. Haciendo uso de la hipóstasis transforma la función de *sayones* (judíos que taladraron a Cristo), que pasa de sustantivo a adjetivo para calificar los *donaires* de la moza como ágiles en atraerse el dinero de los amantes.

Y, sin embargo, esta posición antisemita, comprobada a lo largo de las páginas precedentes, no es más que un aspecto del profundo clasismo de Quevedo, que se adhiere a la idea más común de su tiempo y considera la honra como hereditaria e intransferible, como rasgo exclusivo de una clase aristocrática.

M.^a ISABEL MARTÍN FERNÁNDEZ

⁶⁴ Cfr. también t. II, 157; III, 358.